

CUENTO



Redenciones

Juan Fernando Alvarez
Egresado TEUC
Estudiante Universidad de Los Andes

Que odiosa forma humana
La de llamar a "todo" "cosa"
Cuando (en) cada "cosa"
Puede ser (estar) "todo".
Un viejo.

I.

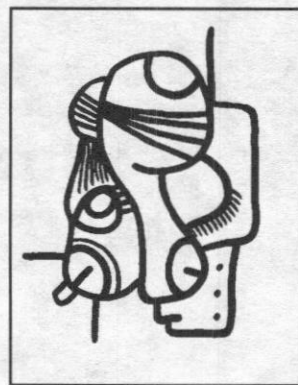
Tengo ochenta y ocho años, he sobrevivido a través de todo este siglo, y me desilusiona mi vida. Desde hace unos días envejeczo terriblemente. Mis hijos, unos extraños que no pertenecen ni a ellos mismos, han exigido que redacte mi testamento, "para que no haya peleas más adelante cuando usted se muera", dicen, y mientras tanto ninguna vergüenza asoma por su rostro. Abatido como me encuentro dudo de si no seré más bien yo quien debería avergonzarse por no haber redactado el testamento antes. Para evitar problemas comencé a escribirlo y sin embargo una punzante -por paradójica- sensación me lo impidió. ¿Qué peleas pueden haber si lo único que tengo es esta vieja casa que ahora nadie compraría, mi campero modelo 78 y unos pocos libros de los cuales once pertenecen a un mismo autor? Las peleas de mi vida, como las peleas de este siglo, han sido por miserias en comparación con lo que las peleas como tales nos han hecho perder.

Por eso he envejecido tanto, quisiera evitarlo pero no puedo. La envidia y egoísmo de mis hijos, su deseo de mi muerte, han hecho que vea con más claridad que nunca el fracaso que es mi vida. Fracaso.

Esta palabra me ha rondado siempre. Creo reconocer en ella el motor de mi vida; cada cosa que he hecho ha sido motivada por un miedo constante al fracaso. Ahora mismo, a pesar de tantos intentos, en la redacción de un miserable testamento que nada tiene para dejar, este horrible temor ha regresado. El ciclo al que parezco estar condenado siempre me ha hecho reaccionar frente al fracaso. Esto que precisamente ahora escribo es mi reacción.

En la mañana sentí que no sería capaz de enfrentar este nuevo reto. ¿Para qué si después de décadas de empeños siempre he fallado? Si quería intentarlo debía hacerlo con algo nuevo, algo que no perteneciera a la interminable lista de fracasos en que se convirtió mi vida, no importa que igual fuese a fracasar. Fue así que apareció esto. *Escribir*. Tal vez se trató de una asociación de ideas con el ejercicio de hacer un testamento; lo cierto es que nunca en mi vida había escrito más de dos páginas seguidas, ni siquiera, creo, en cartas.

El siguiente paso, claro, fue preguntarme sobre qué escribiría. Tal respuesta apareció de inmediato. Si se trataba de escribir como intento para escapar -así fuera momentáneamente- de la sensación de fracaso que me producía mi vida y



mis hijos, y con ello lograr redactar el anhelado testamento, el tema sólo podía ser uno: Felisberto Hernández. Felisberto, el excéntrico escritor uruguayo, quizás por la misma resonancia de su nombre, me recuerda siempre mi inseparable adjetivo. Fracasado.

II.

Recuerdo que mi primer contacto directo con su obra fue en 1929. Yo contaba con apenas diecinueve años y un libro flaco y feo me fue regalado. Mi memoria no alcanza para saber quien me lo dio, sin embargo, por la importancia que ese libro tomó en mi vida, deduzco que debió ser un buen amigo. El libro tenía por título *Libro sin tapas*, y al menos en mi ejemplar, era literal. Estas pocas hojas parecían llevar años en el mundo, estaban amarillentas y desnudas... sin tapa ni contratapa. El primer cuento me impactó sobremanera. (Veinte años después descubrí que no era el primer cuento; además de la portada y la contratapada, a mi ejemplar le hacía falta el verdadero primer cuento, y como las hojas no venían numeradas, no había forma de saberlo). Se llamaba "La piedra filosofal", y al terminarlo por primera vez, muchas cosas se agolparon en mi cabeza. Pensé que el autor, quien quiera que fuese, debía ser ya viejo, y como sin la portada no había forma ni de saber su nombre, me quedé con esa impresión. Era muy poco lo que en mi vida había leído; por eso años más tarde pensaba que para ese entonces lo que me debía haber impactado era el hecho de que una piedra cuadrada hablara, pero no fue así. El impacto que ese cuento me causaba era producto de las cosas que esa piedra animada decía. Las ranas en las fábulas hablaban pero no me decían nada; esta piedra en cambio a mis diecinueve años me hacía sentir miserable.

Traté -¿inconscientemente?- de pasar por alto esas extrañas náuseas (al fin y al cabo cualquier cosa podría habérmelas producido) y continuar con el siguiente cuento, pero no fue

posible. Al releerlo, lentamente fui notando que tras las palabras pronunciadas por la piedra (la cual era conocida como *La piedra filosofal* y además se encontraba hablando a otra, lo cual significa que eran en realidad dos piedras animadas), mi mente procuraba formarse una imagen de cada una de ellas. "Yo soy el otro extremo de las cosas. En este planeta hay un extremo de cosas blandas, y es el espíritu del hombre. Yo soy el extremo contrario: el de las cosas duras". De inmediato me sentí acusado, vulnerable. Yo era un hombre, e imaginar mi espíritu -lo que sea que eso fuese- como algo blando, gelatinoso, era como ser golpeado en el pecho con una piedra. "Pero uno de los grandes secretos es que no existen cosas duras y cosas blandas simplemente: existe entre ellas una progresión, existen grados... Como los hombres tienen varios sentidos, viven saltando en los grados de la naturaleza y se arman curiosísimas combinaciones. **Lo más curioso de cuanto conozco son los hombres. Y ellos tienen a su vez la curiosidad como de lo más importante de su condición**". Allí la piedra se volvía un océano y me arrollaba con todo su peso.

Como manipulado por la voz de esa piedra que no dejaba de resonar en mi cabeza, recuerdo que sentí mucha curiosidad por saber más acerca de "aquello". Y digo "aquello", porque mi curiosidad no era clara; mejor, no podía ser clara. No sabía si lo que me intrigaba era quién estaba detrás de la piedra escribiendo lo que ella decía, o si era la piedra misma y lo que pudiera continuarme contando sobre su visión del mundo, lo que me interesaba. Suena muy ambiguo, lo sé; parecería, en el segundo caso, que yo creyera que las piedras pueden hablar, y de ningún modo lo creo, pero, ¿es mi culpa? ¿Sería esa ambigüedad producto de mi mala lectura, o, quizás, de mi corta edad que en ese entonces no me permitía distinguir con claridad que me encontraba frente a un simple cuento que llaman de *ficción*?

Algunos años después, con la lectura de muchos otros de sus libros, descubrí que el culpable de esa confusión era el mismo Felisberto, aunque yo, como lector, hacía las veces de cómplice.

La extraña curiosidad me condujo entonces a buscar en ambas direcciones. Enseñé el libro a varias personas para saber si alguien lo reconocía, es decir, si reconocían quién podría haberlo escrito. Fue en vano. Con excepción de Carlos, mi profesor de trigonometría, a nadie le importaba mi problema. Él lo leyó con calma y me dio una pista que en ese momento sólo me causó más confusión. Me dijo que no era conocedor de la literatura del sur de nuestro continente, pero que sin embargo, si no el escritor, al menos el traductor del libro debía ser algo así como argentino o uruguayo, por los modismos que en varios de los cuentos siguientes usaba. La pista sin duda era muy vaga, pero igual, a las bibliotecas fui a buscarlo. Después de muchos intentos desistí. Todo lo que medio leía escrito alrededor del Río de la Plata recientemente (medio leía porque sólo hojeaba los textos en busca de ese estilo que yo creía inconfundible), trataba sobre el campo y las buenas lecciones morales que alguien puede recibir, temas que sin duda distaban de las elucubraciones que por medio de esa piedra yo quería continuar escuchando. Hace algunos años descubrí que esa búsqueda era, como en ese momento lo sentí, una locura. Y lo descubrí por un texto crítico que en mi obsesión por Felisberto leí en 1986 y que se titulaba: *El Acomodador: Una lectura fantástica de Felisberto Hernández*. Allí, Rosario Ferré, su autora, exponía cómo una de las razones por las cuales Felisberto no fue muy leído en su momento, era la naturaleza misma de sus escritos. "Vanguardistas", decía ella; en una época en la que lo que predominaba era el criollismo y el nativismo, las preocupaciones y estilos de Felisberto chocaban.

III.

Mi vida continuó entonces sin una palabra más de su puño; hasta 1943, cuando a mis treinta y tres años me enteré por fin de quién había escrito ese *Libro sin tapas*. Yo vivía entonces en Buenos Aires, las cosas no era fáciles, trataba de hacer el dinero que hasta entonces, por vagar de una cosa a otra, no me había ni siquiera preocupado. Esa tarde estaba cansado, quería relajarme un poco, así que decidí darme una vuelta por las librerías del centro. Hojeando los pocos libros que entonces dejaban leer, encontré uno en la sección de publicaciones recientes cuyo color llamó mi atención. Era delgado, como de imprenta barata. *El caballo perdido* se titulaba, y su autor, Felisberto Hernández. Abrí el libro y distraídamente comencé a leerlo: "Primero se veía todo lo blanco..." Mis ojos apenas podían permanecer abiertos; era tal mi cansancio que no entendía absolutamente nada de lo que leía. Continué sin embargo rodando sobre el papel, hasta que una frase, llena de esa misma energía que se agolpaba en cada palabra de "La piedra filosofal", me hizo despertar. "Claro que cuando venía Celina los muebles y yo nos portábamos como si nada hubiera pasado". Cerré el libro y tiré bruscamente mi mirada sobre su solapa. Presentía que la espera había terminado, que después de 14 años esa piedra volvería a hablarme. "Felisberto Hernández nació en Montevideo Uruguay en 1902. Autor de varios libros de relatos cortos dentro de los cuales se destacan: *La envenenada* y *Libro sin tapas*, este último publicado en 1929".

No recuerdo si lo pagué o no, pero allí estaba conmigo. "Al principio iba hacia una mujer de mármol y le pasaba los dedos por la garganta... Pero la primera vez que le puse la mano encima para asegurarme que no se moviera se produjo algún instante de confusión y olvido. Sin querer, al encontrarla parecida a una mujer de la realidad, había pensado en el respeto que le debía, en los actos que corres-

pondían al trato con una mujer real. Fue entonces que tuve el instante de confusión”. Este era sin duda el mismo escritor que me había creado esa confusión aparentemente infantil a los diecinueve años. Él intentaba narrar sus lecciones de piano con Celina, su maestra francesa (dijo él y me refiero a Felisberto, porque según los críticos *El caballo perdido* se trata de una novela corta autobiográfica), y mientras tanto, la relación de ese niño con los objetos, su sensibilidad para captarlos y ser captado por ellos, se iba haciendo manifiesta. Entablaban juegos de complicidad; ellos a veces lo traicionaban, él respondía, se burlaban en su cara y lo dejaban “inquieto”, “desairado”. Comenzaban las lecciones, el inmenso piano y la lámpara que le calentaba la cara. Su abuela rezagada en la penumbra. “Una vez ella —Celina— me repetía una cosa que mi cabeza entendía pero las manos no”. Y entonces Celina comenzaba a golpear sus dedos con el “lápiz rojo tan lindo”. Pero los recuerdos del dolor y el regaño, de sus lágrimas y su abuela enfurecida porque la profesora les había echado no importaban. Importaba el lápiz rojo; y era así, porque “en aquel momento los objetos tenían más vida que nosotros”. Porque evocar a ese simple lápiz rojo era más importante incluso que su propio dolor. La especial percepción de aquel lápiz era el significado de estar ahí, su recuerdo era más que una metáfora. “Cuando Celina lo tomaba para apuntar en el libro de música, los números que correspondían a los dedos, el lápiz estaba deseando que lo dejaran escribir. Como Celina no lo soltaba, él se movía ansioso entre los dedos que lo sujetaban, y con su ojo único y puntiagudo miraba indeciso y oscilante de un lado para otro. Cuando lo dejaban acercarse al papel, la punta parecía un hocico que husmeaba algo, con instinto de lápiz, desconocido para nosotros, y registraba entre las patas de las notas buscando un lugar blanco para morder. Por fin Celina lo soltaba y él, con movimientos cortos, como un

chanchito cuando mama, se prendía vorazmente del blanco del papel, iba dejando las pequeñas huellas firmes y acentuadas con su corta pezuña negra y movía alegremente su larga cola roja”.

Ese lápiz, el piano, las miradas de los personajes de las fotos familiares, los sofás, las hojas de los árboles, todo aquello que lo distraía de sus lecciones de piano y creaba una fascinación en él, se encontraba sin embargo subordinado a una “cosa-material” que era el puente principal de vinculación entre ese mundo material independiente y el niño estudiante de piano clásico. Aquello eran las “estatuas de mármol”. Esta obsesión felisbertiana no la descubrí, sin embargo, sino cuatro años más tarde con la publicación de su séptimo libro de cuentos titulado: *Nadie encendía las lámparas*. En el cuento que da el título al libro comprendí que el acecho y recurrencia del mármol en forma de estatua en su obra, es producto del carácter de intermedio que las estatuas en sí tienen. En ellas se confunde la materia, el objeto representando al hombre, y el hombre haciendo de objeto, de materia exterior. “Pensaba en la inocencia con que la estatua tenía que representar un personaje que ella misma no comprendería... Quise pensar en el personaje que la estatua representaba”.

Siempre que leí las críticas que en los años cuarenta y cincuenta se le hicieron a Felisberto por su “falta de compromiso político y social, de preocupación por la existencia del hombre”, pensé en su obsesión por las estatuas. Pensé que aquellos que se hacían llamar “aguerridos militantes políticos” se equivocaban al exigir única y exclusivamente expresiones panfletarias de parte de los escritores. Pensé que en esas estatuas de mármol, aisladas y frías, estaba la denuncia de Felisberto: “¿Para qué sociedad si no hay hombres?”. El hombre moderno es una estatua, incomunicado y eternamente solo.

Tal vez todo esto no sea más que una invención producto de mi lectura, forzada si se

quiere, por buscar la redención de un fracasado como yo; pero, ¿y qué si no es así? ¿Acaso Felisberto escribió manifiestos exigiendo de parte de todos los artistas compromiso y respeto para con los objetos físicos o de lo contrario cualquier aporte sería vedado? No, no lo hizo; sin embargo, a él sí se lo hicieron. A él le cobraron incluso el hecho de ser autodidacta. Lo marginaron porque, en palabras de Carlos Martínez Moreno (un no muy inteligente crítico literario uruguayo de mediados de siglo), “la técnica de Felisberto es el resultado de las lamentables limitaciones culturales del autor. Felisberto lo que se propone darnos no es otra cosa que el misterio de su estupidez”. ¿Cuál fue entonces su error? ¿En qué consistieron sus limitaciones y su estupidez? Sólo una respuesta ha aparecido con claridad ante mi entendimiento: Ser distinto... en eso consistió su “lamentable limitación cultural”.

IV.

Mi fascinación por este escritor continuó agudizándose. La obsesión que sus escritos me despertaba era producto de una forma de aproximarse a los objetos físicos que yo encontraba admirable. Alguien alguna vez me dijo que todo se reducía al encanto que en mí producía la “literatura fantástica”, y recuerdo que cuando pronunció esas palabras sentí un abismo insondable entre su voz y mis recuerdos. Nunca en los años de lectura de la obra de Felisberto esa palabra (fantástica) había pasado por mi cabeza. Estoy seguro que tampoco la palabra “idealismo” pasaba por las cabezas de Fedro o Fedón al escuchar los discursos de Sócrates. “Literatura fantástica” era una categoría generalizadora que algo en mí se negaba a aceptar. Era uno más de esos odiosos receptáculos donde barrenderos organizadores iban depositando todo aquello con lo que en su camino tropezaban. Yo no permitía que a Felisberto lo encerraran allí para siempre, porque finalmente, él en su vida tampoco lo permitió.

Sobre esa sensibilidad para con el entorno cotidiano hubo un último cuento en su vida que aún más estragos causó en la mía. Un último cuento que completó ese maravilloso círculo iniciado con la animación filosófica de una piedra que ahora hace de cimiento en la casa de cualquier buen hombre. Se trata de “Diario de un sinvergüenza”, la búsqueda de su yo, la cosificación animada del hombre. Este cuento no fue publicado hasta después de su muerte cuando, otro obsesionado por su obra, Angel Rama, crítico literario uruguayo, decidió publicar sus obras completas.

El sinvergüenza es el cuerpo del *narrador* quien anda en busca de su *yo*. Este juego sin embargo no se queda en ellos tres. Hay un cuarto personaje: la cabeza del cuerpo, “ella” la llama el narrador. Seré aquí fiel a su forma de diario. “Día 1. Cuando era niño vi a un enfermo al que le mostraban su propia mano y decía que era de otro. Hace algunos meses descubrí que yo tenía esa misma enfermedad desde hacía muchos años... Y después algo peor: descubrí que mi cuerpo ya había sido ajeno desde hacía muchos años”. Todo comienza como una enfermedad, como un cáncer progresivo. “Día 2. A pesar de haberme prometido buscar mi yo a la mañana siguiente lo empecé a perseguir esa misma noche... ¿Y quién es el que busca mi yo? Debe ser él, mi cuerpo. Tal vez él presiente mi yo como un bandido presiente la policía. Pero la idea de la justicia ¿será de mi yo?” Se entablan diálogos estremecedores entre los cuatro, ires y venires de preguntas escalofriantes, de confesiones a muerte que parecen puñales: “Pero oigo a mi sinvergüenza decirme: Yo soy grande y misterioso; no me hice solo, soy múltiple... Ya sé, mi yo es débil; y debo admitir también pensamientos ajenos para que me ayuden. Pero también en esto tengo que luchar con él, con su vanidad de ser él solo, por encima de todos los otros: él tiene un egoísmo inmenso y yo estoy a expensas de su poder”. Cada una de estas

.....

En el cuento que da el título al libro comprendí que el acecho y
 recurrencia del mármol en forma de estatua en su obra, es
 producto del carácter de **intermedio** que las **estatuas** en
 sí tienen. En ellas se confunde la **materia**, el objeto
 representando **al hombre**, y el hombre haciendo de objeto, de
materia exterior.

.....

interdependientes partes posee esas caracterís-
 ticas que continuamente en su obra se le han
 atribuido a los objetos. Él, completo, parece-
 es un objeto; pero no cualquiera. Es uno de
 esos objetos animados que en la progresión de
 la piedra filosofal son ubicados entre los más
 blandos; entre los que tienen “la curiosidad
 como de lo más importante de su condición”,
 de ahí esa curiosa búsqueda, la búsqueda hu-
 mana del “yo”. Pero esto no es un juego. Cada
 paso que se da es angustiante porque se da solo.
 Soledad de estatua. Soledad de representado y
 de representador. “Día... Su yo, además de
 fantasma inaprehensible, era solitario”. Y la
 angustia crece porque los “divididos” buscan-
 do su “yo” son casi todos. Porque esa enferme-
 dad la padecen muchos. “El yo creía existir en
 instantes fugaces. Desde el interior del cuerpo
 y por medio de él observaba a las demás per-
 sonas y por medio de la cabeza pensaba: Este
 “yo”, este enfermo, dividido como un feudo
 que ha ido cediendo terreno a otros, no está
 solo en su enfermedad. Ha mirado a otros, con
 su condición, desde luego, y encontró que hay
 muchos “divididos” sin saberlo. Hasta hay
 quienes tienen “sinvergüenzas” más grandes
 que el de él y cuyas cabezas hacen “arreglos” no
 sólo con sus sinvergüenzas, sino hasta con los
 más profundos, misteriosos e inaprehensibles
 yos”.

¿Será posible pensar que detrás de esto no
 hay un hombre con sus posiciones? ¿Será ver-

dad que Felisberto, a causa de su “profunda
 individualidad” (que en nada contradice su
 preocupación por el hombre) como la descri-
 be su amante Paulina Medeiros en una novela
 testimonial sobre él, andaba preocupado por
 otro mundo? Yo no lo creo. Creo, sí, al igual
 que Mario Benedetti, que lo único que falta
 es que “esos lectores se den cuenta que no se
 trata de un escritor que reside en las nubes,
 sino de alguien que viene, con su personal provi-
 sión de nubes, a residir en nuestro alrededor”.

V.

¿Pero, por qué hablar de las “cosas”, de las
 aparentemente insignificantes “cosas”, de las
 “cosas estatuas”, de los “hombres cosa”? A mí
 personalmente me interesan porque siento que
 como a ellas las he tratado, ahora me tratan a
 mí mis hijos, ahora se trata todo el mundo.
 Porque como víctima de las obsesiones
 felisbertianas la recurrente cotidianidad me
 atrae más que las gigantescas entelequias
 humanas que no entiendo. Con respecto a
 Felisberto, a veces siento que él debió observar
 que el primer paso del hombre en el penoso
 camino de violarse como género, es el de violar
 su entorno, ese mundo no sólo de objetos con
 los que convivimos, sino también de recuerdos,
 de impresiones fugaces, de seres cercanos, de
 estatuas. Ultimamente, por ejemplo, cuando
 contemplo las “cosas”, me da vergüenza con
 ellas. Siento que les debemos muchas disculpas.

(¿Serán este tipo de sensaciones lo que llamamos locura?). Ningún arrepentimiento mío sería suficiente para que perdonaran a mi género, un género que a cada momento pasa por encima de ellas. Qué violentadores somos. Tal vez desde que accedimos al fuego robándolo comenzamos a maltratarnos a nosotros mismos. Tal vez violar el ser de las cosas es el primer paso que el hombre da en ese angustiante camino de violarse a sí mismo.

Ahora recuerdo esta idea condensada en las palabras de un viejo sin hogar que suele pasear por el centro de esta caótica ciudad donde vivo. Juan Pablo se llama. Es músico. Alguna vez lo vi tocar su bajo eléctrico como si se tratara textualmente de la más hermosa de las mujeres. Hablando con él después, le comenté esa impresión que había tenido. Con la calma de un viejo que no tiene nada que perder, me dijo: “Te impresiona el trato humano que le doy a una cosa ¿verdad? Es muy sencillo; vos estás acostumbrado a esa odiosa forma humana de llamar a todo ‘cosa’, cuando (en) cada cosa puede ser (estar) todo”.

La gran diferencia entre Felisberto y nosotros, y los demás, y los fracasados, la descubrí el día en que comprendí que su fracaso había sido motor de una reacción persistente... ésta que ahora tardíamente practico, la de escribir. Él siempre escribió cuando ese miedo lo acosaba... yo cada vez hice algo distinto, al igual que ahora. Su persistencia despierta admiración, y aunque no en muchos, siempre me ha sorprendido la intensidad con que se manifiesta. Es una especie de “obsesionador”; cuando se mete en la cabeza de alguien no hay forma de sacarlo. Conozco varios casos; yo mismo por ejemplo creo que soy una de sus víctimas. María Victoria Albornoz es otra; ella era estudiante de filosofía y letras en mi país y sé que fue impactada también por la “misteriosa y ambigua” relación entre el mundo de los objetos y los personajes en los cuentos de Felisberto. El mismo Angel Rama, quien, al



parecer el día del entierro de Felisberto en enero de 1964, descubrió que definitivamente se trataba de un ser humano tocado por una desconocida magia. Según Rama, “fue un evento sorprendentemente felisberteano”; ausentes los medios de comunicación, la crítica literaria, y en general sin mayor reconocimiento, “a la hora de sacar el ataúd por la puerta, se descubrió que ésta era demasiado estrecha, y fue necesario sacar al difunto por la ventana. Una vez en el cementerio, el ataúd no cupo en la fosa preparada. Se le dejó bajo la sombra de un árbol por dos horas mientras la fosa era adecuada”.

Yo de literatura no sé nada, sin embargo todas estas impresiones que tengo sobre Felisberto me dejan siempre una gran pregunta; pregunta que, claro, deja entrever mi ignorancia, pero que también no deja de inquietarme: ¿Quiénes escriben las historias literarias de los pueblos? ¿Quiénes son acaso los que deciden que a Felisberto Hernández hay que marginarlo y a Jorge Luis Borges no, cuando el primero es precursor en aquello que el segundo es más famoso, en la literatura fantástica? ¿Será esa, acaso para siempre, la suerte de los fracasados?

Es ya tarde y mi anciana mano está cansada. Este escrito, que en un futuro cercano será fracaso, me permite por ahora terminar mi testamento y descansar de las presiones de mis alienados hijos. Ojalá ellos pronto descansen de mí también.

Ojalá Felisberto descanse en su “visionario” fracaso, esa maravillosa fuente de creación.

hojas Universitarias.....